colchón, envuelta en un cobertor blanco como si fuese un sudario; y decíase que era una tísica medio muerta que resucitaba.

Golpe á golpe, la gracia resonó dos veces más: una ciega que veía la Gruta repentinamente, en una llama; una muda que caía de rodillas dando gracias á la Santa Vírgen, en voz alta y clara. Y todos se prosternaban á un tiempo á los pies de Nuestra Señora de Lourdes, locos de júbilo y de gratitud.

Pero Pedro no había separado su vista de María y lo que veía le trastornaba de enternecimiento. Los ojos de la enferma, apagados todavía, se habían ensanchado, mientras que su pobre rostro, descolorido, se contraía como si aquella estuviese sufriendo horriblemente. No hablaba nada, desesperada y creyéndose sin duda presa otra vez del mal.

Después, de pronto, cuando pasó el Santísimo Sacramento y ella miró el astro relumbrar al sol tuvo un desvanecimiento, creyo ser herida por un rayo. Sus ojos se habían reanimado ante esa claridad y volvían á encontrar el fulgor de la vida, brillantes como estrellas.

Su semblante, á impulsos de aquella savia de vida, se animaba, se coloreaba, brillaba de alegría y de salud. Y Pedro la vió levantarse repentinamente, mantenerse de pie en su carrito, vacilante, tartamudeando, no encontrando más que ostas frase cariñosa:

—¡Oh, amigo mío!... ¡Oh, amigo mío!

Se aproximó vivamente para sostenerla. Pero ella le separó con un gesto; se mostraba cada vez más firme, tan conmovedora y tan bella, dentro de su vestido de lana negra, con las zapatillas que siempre conservaba, esbelta y delicada, circundada de un nimbo de oro, formado por su admirable cabellera rubia, cubierta por un ligero encaje. Todo su cuerpo de vírgen era presa de profundas sacudidas, como si una poderosa fermentación le hubiese regenerado.

Primero fueron las piernas las que libraron de las cadenas que las sujetaban. Después, mientras que brotaba en ella en manantial de sangre, junto con la vida de la mujer, de la esposa y de la madre, sintió una última angustia, un peso enorme que le subía del vientre á la garganta. Solamente que esta vez, no se detuvo, no le ahogó; salió de su boca abierta y se escapó en un sublime grito de júbilo.

—¡Estoy curada!... ¡Estoy curada!

Entonces sucedió un espectáculo extraordinario. El lienzo que antes la cubría estaba á sus pies; ella triunfaba, tenía un rostro brillante y soberbio. Y su grito de curación acababa de resonar con tal alborozo, que la muchedumbre entera quedó desatinada. No había más que María, no se veía más que á ella, de pie, crecida, radiante, divina.

—¡Estoy curada!... ¡Estoy curada!

Pedro, por efecto de la violenta conmoción que había recibido en el corazón, se había echado á llorar. De nuevo corrían las lágrimas de todos los ojos. En medio de las exclamaciones, de las acciones de gracias y de alabanzas, un frenético entusiasmo iba sintiéndose acercar cada vez más, embargando con una emoción inexplicable á los millares de peregrinos que se aplastaban para llegar á ver. Desencadenáronse los aplausos, una furia de apiansos que como un trueno fué rodando de un extremo á otro del valle.

El padre Foucarde agitaba los brazos; el padre Massías pudo por fin hacerse oir desde lo alto del púlpito.

—Dios nos ha visitado, mis queridos hermanos.. *Magnificat anima mea Dominum...*

Y todas las voces, los millares de voces, entonaron el canto de adoración y de reconocimiento. La procesión se hallaba detenida, y el abate Judaine había podido ganar la Gruta con el viril, pero aguardaba allí antes de dar la bendición. De la parte de afuera de la reja le esperaba el palio rodeado de los sacerdotes.

Sin embargo, María se había arrodillado sollozando, y todo el tiempo que duró el cántico, un ardiente acto de fe y amor subió de lo íntimo de su ser.

Pero la multitud quería verla andar, algunas mujeres felices la llamaban, un grupo la rodeó y, casi levantándola, la empujó hacia la oficina de reconocimientos para que fuese probado aquel milagro, resplandeciente como la luz del sol. Su carrito quedó olvidado; Pedro la siguió, mientras que balbuceando, vacilante, con una torpeza adorable, María, que hacía siete años no se servía de sus piernas, avanzaba con el aire inquieto y suspenso del niño que da sus primero pasas; y esto era tan enternecedor, tan delicioso, que Pedro no pensaba más que en la inmensa dicha de verla renacer á su juventud. ¡Ah, querida amiga de la infancia, querido amor lejano; ella sería, pues, por fin la mujer de belleza y de encantos que prometía en otro tiempo la niña, cuando en el jardincito de Neuilly estaba tan hermosa, tan alegre, bajo los grandes árboles asaeteados por el sol!

La muchedumbre seguía aclamándola furiosamente; una ola enorme afluía, la acompañaba, y todos la esperaron con febril ansiedad ante la puerta del despacho, en donde únicamente Pedro fué admitido con María.

Aquella tarde había poca gente en la oficina de reconocimientos.

La salita cuadrada cuyos muros de madera quemaban, lo mismo que su rudimentario mobiliario, sus sillas de paja y sus dos mesas de desigual altura, no estaba ocupada, aparte del personal acostumbrado, sino por cinco ó seis médicos sentados y silenciosos. Ante las mesas, el jefe de servicio de las piscinas y dos jóvenes abates tenían los registros y hojeaban los legajos, mientras que el padre Dargelés, en uno de los extremos, escribia una nota para su periódico. Y, justamente, el doctor Bonamy empezaba á examinar el lupus de Elisa Rouquet que por vez tercera iba á hacer constar la creciente cicatrización de su llaga.

—En fin, señores—exclamaba el doctor,—¿han visto ustedes jamás un lupus corregirse de tal modo, tan rápidamente?... Yo bien sé que ha aparecido una nueva obra sobre la fe que cura, y en ella se dice que algunas llagas pueden ser de origen nervioso. Solamente, nada se ha probado en el caso del lupus, y desafío á que una comisión de médicos se reuna y se entienda para explicar cómo ha podido por sí sola curarse de su enfermedad esta señorita.

Se interrumpió, volviéndose hacia el padre Dargelés.

—¿Ha notado usted bien, padre, que la supuración ha desaparecido completamente y que la piel vuelve á tomar su color natural?

No esperó la respuesta. María entraba seguida de Pedro, y al instante adivinó el golpe de fortuna que se le presentaba al observar el brillo que resplandecía en la curada milagrosa.

María estaba admirable; parecía hecha para arrastrar y convertir las muchedumbres. El doctor despidió vivamente á Elisa Rouquet, pidió el nombre de la recién llegada y reclamó el legajo á uno de los jóvenes sacerdotes. Después, como María andaba algo vacilante, quiso hacerla sentar en el sillón.

—¡Oh, no, no!—exclamó ella rehusando.—¡Soy tan feliz pudiendo servirme de mis piernas!...

Pedro había buscado con la mirada al doctor Chassaigne, desconsolado por no encontrarle allí. Se mantuvo á distancia y esperó mientras que ojeaban los cajones en desorden, sin poder hallar el legajo.

—Veamos—repetía el doctor Bonamy:—María de Guersaint, María de Guersaint... Seguro estoy de haber visto este nombre.

Por fin, Raboin descubrió el legajo, clasificado por error con una falsa letra inicial, y cuando el doctor se enteró de los dos certificados que contenía, se entusiasmó.

—He aquí un caso muy interesante, señores. Ruego á ustedes que me escuchen con atención.

Esta señorita que ven ustedes de pie, estaba herida de una gravísima lesión de la médula. Y por si hubiese la menor duda, estos dos certificados bastan para convencer á los más incrédulos, puesto que están firmados por dos médicos de la facultad de París, cuyo nombres son bien conocidos de todos nuestros colegas.

Hizo pasar los certificados á los médicos presentes, quienes los leyeron con ligeros movimientos de cabeza. Esto era innegable; los firmantes tenían la reputación de prácticos, honrados y entendidos.

—Y bien, señores; si el diagnóstico no es discutido (y no puede serlo cuando una enferma nos aporta documentos de este valor), vamos á ver ahora las modificaciones que se han producido en el estado de esta señorita.

Antes de interrogarla se contuvo, se volvió hacia Pedro y dijo:

—Señor abate; según creo, ha venido usted de París con esta señorita. ¿Ha hablado usted con los médicos antes de partir?

El sacerdote sintió un extremecimiento que le dejó helado en medio de su alegría.

—He asistido á la consulta, señor.

Y la escena se le representó de nuevo. Volvió á ver á los dos doctores graves y razonables, vió nuevamente á Beauclair, que sonreía mientras que sus compañeros redactaban sus certificados conformes. ¿Iba, pues, á reducir éstos á la nada, á hacer conocer el otro diagnóstico, el que permitía explicar científicamente la curación? El milagro estaba previsto y destruído anticipadamente.

—Notarán ustedes, señores—repitió el doctor Bonamy,—que la presencia del señor abate aporta nueva fuerza á estas pruebas. Ahora, la señorita va á decirnos exactamente lo que ha sentido.

Y se inclinó sobre la espalda del padre Dargelés, recomendándole que no se olvidase de dar á Pedro un papel de testigo en la narración.

—¡Dios mío! Señores, ¿cómo decir á ustedes?...—exclamó María con su voz jadeante, trémula de dicha.—Desde ayer, estaba yo segura de ser curada. Y, sin embargo, aun en el mismo momento, cuando los cosquilleos se apoderaron de mis piernas, tuve miedo de que esto fuese una nueva crisis, y dudé un instante... Entonces, los cosquilleos se detuvieron.

Después, volvieron á comenzar, desde que volví á entregarme á mis oraciones... ¡Oh, rogaba, rogaba con toda mi alma! Acabé por abandonarme como un niño.

«¡Vírgen Santa, Nuestra Señora de Lourdes, haz de mí lo que quieras!...» Los cosquilleos no cesaban; me pareció que mi sangre hervía; una voz me gritaba: «¡Levántate, levántate!» Y comprendí el milagro al sentir un gran crugido de todos mis huesos, de toda mi carne, como si hubiese sido herida por un rayo.

Pedro la escuchaba muy pálido. Bien le había dicho Beauclair que la curación vendría como un rayo, cuando, bajo la influencia de la imaginación, poderosamente sobreexcitada, se produjese en ella un súbito despertar de la voluntad, desde tan largo tiempo adormecida.

—Primeramente han sido las piernas las que la Santa Vírgen me ha desatado—continuó María.—La sensación que experimenté, no me dejó duda. Las ligaduras de hierro que las anudaban, resbalaban á lo largo de mi piel como cadenas rotas. Después, el peso que me ahogaba siempre en el vacío izquierdo, subió y he creído morirme, de tal modo me destrozaba. Pero pasó por mi pecho y mi garganta, le sentí en la boca y le escupí violentamente... Se había concluído; ya no quedaba nada, mi mal había volado.

Hizo el pesado gesto del ave de noche que bate las alas, y se calló, sonriendo á Pedro, que estaba trastornado. Todo esto lo había dicho antes Beauclair, sirviéndose casi de las mismas palabras, de las mismas imágenes.

El pronóstico se realizaba punto por punto, y no había allí más que fenómenos previstos y naturales.

Ravoin había seguido el relato con los ojos abiertos y el entusiasmo de un devoto de cortos alcances, dominado por la idea del infierno.

—¡Es el diablo—exclamó;—es el diablo lo que ha escupido!

Pero el doctor Bonamy, más prudente, le hizo callar, y volviéndose hacia los médicos:

—Señores, saben ustedes que aquí evitamos siempre pronunciar la gran palabra *milagro*. Unicamente, he aquí un hecho que tengo curiosidad de saber cómo lo explicarán ustedes dentro de la naturaleza, y sin salir del proceso ordinario. Desde hace siete años esta señorita estaba atacada de una grave paralisis debida evidentemente á una lesión de la médula. Y esto no podrá ser negado: los certificados están ahí, indiscutibles. No andaba, no podía hacer un movimiento sin exhalar una queja; había llegado al extremo aniquilamiento que precede de cerca á los más tristes desenlaces. De pronto, he aquí que se levanta, que anda, que ríe y que deslumbra. La paralisis ha desaparecido completamente; no queda ningún dolor; la enferma se vale tan bien como ustedes y como yo... Veamos, señores; aproxímense ustedes, examínenla y díganme qué es lo que ha pasado.

El doctor Bonamy triunfaba. Ningún medico pidió la palabra. Dos de ellos, sin duda católicos practicantes, habían aprobado con un enérgico movimiento de cabeza. Los demás quedaron inmóviles, con aire mortificado, algo recelosos de mezclarse en esta historia. Sin embargo, uno de ellos, pequeño y delgado, cuyos ojos relucían detrás de los cristales de su binóculo, acabó por levantarse para ver á María más de cerca. La pidió una mano, miró sus pupilas, pareciendo preocuparse solamente del aire de transfiguracion que la inundaba. Después de un modo muy cortés, sin querer ni aun discutir, volvió á sentarse.

—El caso escapa á la ciencia, he ahí todo lo que yo declaro, concluyó victoriosamente el doctor Bonamy. Y añado que aquí no tenemos convalecencia; la salud se ha restablecido de un golpe, llena y entera... Vean esta señorita. La mirada brilla, el cutis es sonrosado, la fisonomía ha vuelto á hallar su viva alegría. Indudablemente la reparacion de los tejidos va á continuar con alguna lentitud; pero ya puede decirse que la señorita acaba de renacer... ¿No es cierto, señor abade, usted que la ve con frequencia, que no la reconoce?

Pedro balbuceó:

—Es verdad, es verdad...

Y en efecto María se le aparecía ya fuerte, con las mejillas llenas y frescas, de una alegría floresiente. Pero una vez más. Beauclair le había anunciado ese sobresalto de hosanna, ese enderezamiento y esa luz que irradiaria su cuerpo quebrantado, cuando la vida volviera á entrar en él, por la fuerza de su voluntad de curar y de ser dichosa.

El doctor Bonamy se había inclinado nuevamente sobre la espalda del padre Dargelés, que acababa de escribir su nota, una especie de acta completa de todo lo ocurrido.

Los dos cambiaron algunas frases á media voz. Se consultaron, y doctor prosiguyó:

—Señor abate, asted que ha presenciado estas maravillas, no rehusará firmar la exactísima relación que acaba de redactar el reverendo padre para el *Diario de la Gruta*.

¡Firmar él esta página de error y de mentira! La indignación le sublevó y estuvo á punto de pregonar la verdad. Pero sintió el peso de la sotana sobre sus espaldas; y sobre todo, le llenaba tambien á él el corazón la divina alegría de María.

¡Esperimentaba una dicha tan grande al verla salvada! Desde que no se la interrogaba más, abía ido á apoyarse en su brazo y seguía sonriendo, con ojos de embriaguez.

—¡Oh, amigo mío—dijo ella muy bajo; dé usted gracias á la Santa Virgen! ¡Ha sido tan buena! ¡Héme aquí agora tan bien, tan bella, tan joven!.., ¡Y mi padre, mi pobre padre, qué contento va á ponerse!

Entonces Pedro firmó. Todo se hundía en él, pero le bastaba que ella se salvase; hubiera creído ser sacrílego, tocando á la fe de esta niña, aquella fe tan grande y pura que le había curado.

En la parte de afuera, cuando María reapareció, comenzaron de nuevo las aclamaciones; la multitud batió las manos. Parecía que ahora el milagro era oficial.

Sin embargo, varias personas caritativas, temiendo que María se fatigase y tuviese necesidad de su carrito, abandonado por ella delante de la Gruta, lo habían llevado hasta la oficina de reconocimientos. Cuando ella le volvió á encontrar, sintió profunda emoción.

¡Ah, este carrito, donde había vivido tantos años; este recinto movible, en el cual ella se emaginaba á veces estar enterrada viva, de cuántas lágrimas, da cuántas desesperaciones, de cuántos malos días había sido testigo!

Y de pronto, le vino á la mente el pensamiento de que, puesto que tan largo tiempo había participado de sus penas, debía tambien participar del triunfo.

Fué una inspiración, una santa locuza, la que le impulsó á empuñar de nuevo la guía del carricoche.

En este momento pasaba la procesión de vuelta de la Gruta, donde el abate Judaine había dado la bendición. María, empujando su carrito, se colocó detrás del palio, y en zapatillas, la cabeza cubierta con un encaje, marchó así, el pecho temblorozo, la faz alta, iluminada y soberbia empujando siempre aquel miserable carrito, aquel recinto movíble donde ella había agonizado durante tanto tiempo. Y la muchedumbre frenética la aclamaba y la seguía.